

los mortales que se han envilecido, porque han olvidado las leyes eternas de su infancia: el amor.

Hay que agradecer a Germán Berdiales esta dulzura en que respira su libro. Su alma de escritor-artista quiere, ante todo, ser hombre cabal. Por eso, «La canción de cuna» es un verdadero acierto de su espíritu incansable, porque lo mismo sabe buscar su plenitud en los candores de la infancia que en las generosas floraciones de todos los líricos del mundo.

El libro es oloroso, humano y saludable. No sé por qué echo menos en él la exquisita presencia de Juan Ramón Jiménez. El admirable poeta andaluz es el más dulce y plural de los cantores e intérpretes de la infancia. Si no tuviera poemas irremplazables, se podrían citar algunos fragmentos de su obra única: «Platero y yo». Hay allí una férvida emanación, desde otros ángulos, de muchas infancias; hasta se podría decir que todo el libro es una extraña y hechizante canción de cuna. Y, muy junto a tan esclarecido cantor, un auténtico varón de la India: Rabindranath Tagore. Este registro de Berdiales tiene un pulso que se nutre en «La luna nueva» del hindú. Espiritualmente, se entiende. Por eso me gustaría estampar al final, como un epígrafe iniciático, estas bellas palabras de «El Jardinero» del mismo Tagore: «Que esto no sea un morir, sino un completarse».—RICARDO TUDELA.—Mendoza, 1937.

<https://doi.org/10.29393/At150-277RTTR10277>

TRÓPICO, por *Fermín Estrella Gutiérrez*.

Fermín Estrella Gutiérrez es uno de los valores auténticos de la nueva literatura argentina. Su temperamento vigoroso y fino a la vez, se ha ejercitado con igual éxito en el cuento, la poesía, el ensayo crítico o la novela. En todas sus actividades artísticas evidencia una veta cardinal: la creación. Es, por eso, un espíritu esencialmente poético, tan rico para la

imagen de pura naturaleza, como para la alta creación en que son menester otras materias espirituales. Lo que más le caracteriza, por esa modalidad, es que siempre hace poesía; hasta cuando trabaja en planos de intervención razonativa, su vigor lírico desplaza las demás formas para entregarse casi exclusivamente a su deleite principal.

En 1924 se lanzó al juicio público con «El cántaro de plata». Un libro de poemas claros y seguros. La línea de su estilo era impecable, dentro de las formas tradicionales. Obtuvo un premio de la Municipalidad de Buenos Aires.

En 1925 y 1927 publicó dos libros más de versos: «Canciones de la tarde» y «La Ofrenda». En ambos afinó su modalidad amorosa y ese rico fondo de elegancia espiritual. El poeta sufre y ama y, bajo tan mágicas saturaciones de su corazón, la ternura crece como un árbol cargado de pájaros y flores.

Vienen luego dos años de intensa transformación. Recorre la mayor parte de Europa y se lanza por el mundo persiguiendo nuevas formas de emoción y belleza. Su estada en España le saluda e influye en una nueva visión de la poesía. Es así como da, después de un tenaz trabajo de depuración, un libro que le destaca definitivamente como un hondo poeta de habla castellana. El título de esa nueva obra sugiere su contenido: «Los caminos del mundo». El poeta ha padecido una verdadera transformación espiritual y sus modos poéticos nacen cargados de tan lúcida conquista. Lo esencial de esta obra es su pureza creadora. El artista es ya dueño completo de los materiales con que trabaja. Lo es también del vasto mundo de la angustia metafísica. Para no perder una sola de sus vibraciones, adiestra en bloque sus profundas inquietudes y las transparenta en imágenes de verdadera emoción lírica.

Un opúsculo que publica el año 1931 ajusta sus nuevas modalidades y abre definitivamente su espíritu a la gran posesión de la verdadera poesía. «La niña de la rosa» es, sin disputa, un conjunto de poemas de realización completa. El ar-

tista se ha convertido en artífice: no porque cincele con formas marmóreas sus creaciones, sino porque logra darles perspectivas y realidades intrínsecas de alto valor lírico. De toda su labor poética, según mi gusto personal, este opúsculo y «Los caminos del mundo» contienen lo mejor de su espíritu poético.

Tiene una vastísima obra en prosa, de la cual conviene mencionar sus cuentos. He aquí algunos títulos de sus libros de ese género: «Desamparados», «El ídolo y otros cuentos», «El río», «Un film europeo» y «El ladrón y la selva». Este último contiene obras de rica contextura poética.

Es siempre el poeta que relata, que decorre, que vuela, aunque para hacerlo, deba atravesar peligros, dédalos psicológicos. Su prosa firme y dulce, completa el valor evocativo de las sugerencias poéticas.

Ahora acaba de entregar al público «Trópico», que lleva un subtítulo de «novela» ¿Qué se propone el autor en esta obra? Desde un plano común, nada, casi nada. Los planos, con cierta técnica de velocidad cinematográfica, se entrecruzan y danzan en mundos de naturaleza arbitraria «Trópico», así, participa de goces y dolores que el destino creador arroja dentro de la vida. Fácil es constatar, desde los primeros capítulos, que se trata de una obra de estructura modernísima. Es la propia emoción del autor que va en virtud de una evocación de lo vivido, dándole vigor e intensidad viviente. Para lograr esa emanación subjetiva de la vida real, suprime el tiempo por medio del soliloquio. El autor se expone a la «soledad poblada de sí mismo» que es una manera heroica de conllevar y reconquistar. El «sí mismo», en este libro, alcanza un dichoso desdoblamiento «ella». Es del «tú» de que se trata esencialmente. Cuando un alma amorosa se supera en la inmensidad del pronombre, nada ni nadie puede ya subvertir sus derechos a ponerle nombre total a la dicha. Esa atracción amorosa consigue cobrar, palmo a palmo, sus pormenores terrestres. El alma

no se deja comprender sino por cierta destreza de adivinación. Cuanto más la conquista, más se aclara la ternura.

Lo primero que llama la atención en esta obra es que se hace presente nuevamente el poeta. Un poeta con recursos poderosos de creación. Cada artista tiene su felicidad, que unas veces suele alimentarse de raíces y otras de atmósferas limpiísimas. Los hay que se nutren de ambas cosas, porque lo mismo poseen la dirección de lo alto que la capacidad del subsuelo. Estrella Gutiérrez emplea sus fuerzas, no en excitar o quebrantar, sino en facilitar el vuelo y crear lucidez. Tiene, eso sí, esa tentación de la fugacidad, que en el mal artista termina por convertirse en despeñadero. Y tal vez esta obra revele esa flexibilidad alada de exponerse a riesgos sin número y salvarlos por el goce estético de percibir la firmeza del corazón.

Es curiosa la obligación que el escritor impone al lector en «Trópico». ¿En qué consiste? En que no puede dejarle sólo una vez que ha trabado conocimiento con sus delicias. Sin duda cuesta saber acerca de qué arbitrariedades del destino el artista se impone silencio. Eso mismo le da doble encanto a la novela, porque enriquece cada período con anécdotas tan afinadas que, a fuerza de escurrirse, se transfiguran en imágenes; inmediatamente después da amplitud a éstas y las transporta al plano de nuevas anécdotas. Con ello traza tan ricos círculos, que nada puede quedar fuera de la ternura creadora del poeta.

Es preciso recordar el ensayo famoso de Emerson titulado «Los círculos». Hay allí tanta exactitud de proporciones espirituales dentro de una alta tensión del sentimiento, que el espíritu se desnuda en demanda de su propia plenitud. Sin esa identificación de naturaleza esencial, nada puede adquirir el valor del sentido. El hombre no es él mismo sino en la medida como consigue poseerse profundamente. Poco importa que sea por los caminos del amor o del dolor. El final es de tanta concentración coordinadora, que el ser puede gozar, en un

instante de unidad de todos los capítulos dispersos de su vida. por ese goce se da cuenta que la geometría universal no es sino una evidencia íntima de círculos inacabables. El límite no es sino un comienzo que necesita circundarse para crecer; de la misma manera el ojo, y la voluntad, y el sentimiento, y el dolor, y la naturaleza, y el destino. Todo se liberta por su autonomía cósmica de círculos, que de más en más va fecundando nuevos círculos y nuevas armonías. El término—la sobrerrealidad—es el supremo coraje que exige una profunda responsabilidad.

Pues bien, de esa materia estética—no metafísica—parece nutrirse «Trópico». La ternura es también una ley profunda y dulce de los «círculos». Es la propia imagen que crece y, por emanaciones atormentadas o invisibles, se riza conforme al aire que respira el corazón; de tal suerte que todo al fin no ha existido, sino para la felicidad largamente anhelada. Puede argumentarse que esa felicidad es sólo estética. Bien. Mas sin ella, ¿qué queda de nuestro pobre desasosiego? La vida no es sino lo que resolvemos hacer de ella; de ahí que aparezca, para quien aspira a penetrarla de verdad, una «creación» en el sentido total de la palabra. Sin ese aliento poderoso y riesgoso, poco logra de sí mismo el hombre. Un simple vistazo a toda la historia del espíritu nos confirma totalmente en tal realidad. El hombre «es» porque se apodera conscientemente de su profundidad, poco importa que provenga de fuentes estéticas o vitales. En cuanto se aparta de ese destino, o permite que se le desvíe, queda mutilado, deja de identificarse con lo auténticamente suyo.

En arte—por más que se crea heregía—no existe otro camino de liberación. Y el arte es sin duda la insubstituible y poderosa liberación que necesita toda criatura. Si el artista no ordena las materias de su propia superación, suprime de su manera creadora lo mejor de su destino. Es decir, se desliga de la conexión cósmica por virtud de la cual lo ardiente y urgente

de la vida tiene necesidad de nuevas realidades. El ideal del Renacimiento era en el fondo éste: «Sé tú mismo». El mismo ideal de la antigüedad clásica. Basta comprobarlo con un verso de Píndaro: «Sé lo que eres». Es así como nace el arte de honda raigambre humana. Es así como el arte tiene las tensiones y las evocaciones de la personalidad, que no es un desfile de exteriores sino la contensión de lo que «es». Para lograrlo puede bastar un trozo de madera o algunos capítulos de novela. Lo fundamental es que el artista sepa colocarse dentro del oleaje de su gracia, es decir, que ponga en «hervor» su propia profundidad. Desde ahí, cuanto haga traerá un designio nuevo, porque se nutrirá de las materias de su propia sangre.

«Trópico» tiene ese dulzor de la pulpa interior. El poeta ha sabido poner en libertad sus mejores potencias de artista subjetivo, dejando que el lenguaje cumpla con una alta función de humanizar el sentimiento. El amor, que se entrega contadas veces en una vida, corre en este libro como un chorro bienhechor. Es lo misterioso y tremendo del propio corazón que sale a explorar las cosas del mundo y retorna cargado de ansias nuevas y perdones infinitos. Conforme crece esa angustia de dar, la vida se ensancha, cobra valores y perspectivas infinitas. Y, desde entonces toda agonía proyecta una sucesión gozosa de luz, porque lo mismo trabaja para un designio impenetrable que se encorva sobre la pobre entraña sangrante del hombre.

Fermín Estrella Gutiérrez ha logrado madurar esa fuerza sutil y dramática. Su obra la transparenta a través de emocionados cambiantes. Por toda ella cruza un pulso de hombre vivo que se ha propuesto enderezar lo mejor de su ser a fin de enaltecer el destino del arte.—RICARDO TUDELA.